

D 1053  
C3  
v. 2



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

---

Esta obra es propiedad de su editor, y nadie sin su consentimiento podrá traducirla, ni reimprimirla.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

---

Imprenta y Casa editorial de Felipe González Rojas, calle de San Rafael, núm. 9, (barrio de Pozas.)



## CAPÍTULO PRIMERO

El terror y sus dolores al establecimiento de todas las instituciones europeas.

NINGÚN crimen de los frecuentes á cada paso por las Historias, debe hallar, no ya perdón, ni siquiera excusa, en la conciencia humana. Donde quiera que un precepto moral se olvida entre grandes ó chicos, y un daño grave se hace á cualquiera de nuestros hermanos en la humanidad y en Dios, debe surgir la idea superior de justicia, infligiendo la pena moral que le corresponde aplicar con el rigor y la inflexibilidad necesarias en superiores entidades, que cumplen el ministerio de advertir y regenerar con justiciero castigo, y por justiciero implacable. No se pueden apreciar las ventajas del período revolucionario, trascendentes á todos los tiempos y á todas las generaciones, despreciando los males inferidos entonces á quienes vivían por aquella sazón, incapacitados de gozar á su guisa la existencia, por haberse concitado unos contra otros los ánimos de las gentes, produciendo entre todos con esa concitación de odios una catástrofe tan espantosa como las mayores plagas físicas y los mayores desórdenes del universo en las calamidades sin cuento, á que se halla sometida Naturaleza por su indisoluble lazo de unión estrecha con el mal y con la muerte. Así, las delaciones á lo inquisidor, el castigo al pensamiento, la violación sistemática de los espíritus y de los hogares; aquellas sombras de numerosos esbirros empañando todos los humanos derechos, recién reconocidos; la jauría de verdugos con el cuchillo en los dientes, despedida, como en una caza de seres humanos, contra los escogidos por el odio y

por la venganza sin piedad para la guillotina; los calabozos trocados en sepulturas de vivos; los arroyos de las calles enrojados con el tributo de sangre que les prestaban las innumerables víctimas; aquellos patibulos parecidos á las negras bocas de los abismos eternos; el aniquilamiento en flor de toda una generación, cuyos servicios habían de prosperar el planeta y esclarecer el alma; la triste ausencia del instinto de conservación hasta parecer aquello una sociedad de suicidas, dados á la muerte, como si no pertenecieran al mundo y no estimaran el calor de la vida recibido del calor universal; tales crímenes, que no puede justificar ni el atenuante de una demencia colectiva, causada por una borrachera recibida de las ideas, quizás dañosas, por prematuras y súbitas, mas respiradas por todos en el universal espíritu, dan derecho á cuantos creen la Revolución francesa el mayor mal de todos los siglos para pedir su eterna condenación en el juicio severo y en el tribunal inapelable de la humana Historia. Sí, gran crimen fuera el terror de la Revolución; crimen cometido por aquellas generaciones, y pagado por las subsiguientes, pues, merced á él, ni las ideas han marchado con la prisa que debiera traer la celeridad natural á su esencia etérea; ni el Continente viejo se ha constituido en la forma que le tenían prometida los anuncios de la religión y de la ciencia; ni los Estados-Unidos se han en este siglo fundado sobre Europa; y ni aun se columbran la línea del horizonte ó la hora del tiempo, en que habrá de cumplirse y realizarse la plenitud entera del ideal democrático. Siempre que se ha querido por los apóstoles del progreso emancipar la conciencia en todo, hánnos los reaccionarios de las diversas conocidas procedencias salido al encuentro mostrándonos la Inquisición resucitada por los mismos vociferadores del humano derecho; siempre que se ha tratado de asegurar, aboliendo la pena capital, el goce tranquilo de la vida común á todos, aun á los que no la merecen, se han salido los resistentes á todas las innovaciones por el registro de la guillotina en permanencia, el cuchillo goteando sin término sangre, las cabezas de los franceses cayendo en el cesto, como las cabezas de los bueyes en el matadero, la crueldad ensañándose hasta en los cadáveres y reuniéndolos amontonados dentro de una fosa común y anónima para que las familias de los inmolados no tuviesen jamás ni el consuelo siquiera de venerar sus huesos. No costará ninguno de tales merecidos cargos; pero sí contesto la singularidad que se atribuye por los enemigos de la Revolución á los crímenes revolucionarios, cuando no hubo transición alguna de un punto á otro punto en la línea de los humanos progresos, la cual no estuviera teñida de tanta sangre y asombrada por iguales errores, desde la salida ó éxodo de los israelitas del poder de los Faraones para fundar en la tierra de Judá el templo á su Dios, hasta la salida ó éxodo de los puritanos del poder de los Estuardos para fundar en la tierra de América el templo á la humanidad. Y digo más, digo que no pueden los amigos de la reacción detestar los crímenes revolucionarios como los detestamos á una los amigos de la revolución, pues á ellos les sirvieron en la obra de impedir el progreso y

nos desirvieron á nosotros en la obra de acelerarlo y de cumplirlo. Sin embargo, no en defensa ó excusa de la Revolución francesa, en tributo á la verdad histórica, créome obligado á repetir que cualquiera de las transiciones desde un punto á otro punto de la sociedad, ha costado mucha más sangre y visto muchos más crímenes que la Revolución francesa, por todos los reaccionarios señalada como la condensación de todas las maldades, no sólo verdaderas é históricas, de todas las maldades posibles en el humano desvario, cuando es presa de la demencia y del crimen.

La Europa se ha constituido con estos elementos: el Imperio romano, la Religión cristiana, el feudalismo germánico, el Pontificado católico, las Cruzadas, el régimen feudal, la Realeza una, el Renacimiento artístico y literario, la Reforma luterana, las guerras religiosas, la paz de Westfalia, las Revoluciones. Pues hay que preguntar á la Historia cuál de todos estos factores ha costado más sangre, y aunque no haya instrumento alguno para medir tales cruentos diluvios como hay para medir las lluvias, higrómetros, imposible dudar un punto de que la Revolución francesa no ha costado la sangre vertida en aras de cualquiera entre las edades é instituciones varias que la precedieran y engendraran. No puede, no, darse una institución de tanta fuerza como el Imperio. Precede medio siglo al Cristianismo y todavía dura. Lo fundaron César y Augusto; lo restauró, tras las irrupciones bárbaras, el propio Carlo Magno; lo recogieron las gentes alemanas, que lo habían destruido por algún tiempo y estuvo en la Europa Oriental bajo la representación de los griegos, hasta que triunfaron los turcos; todo ello por significar cierta unidad cristiana y cierta supremacía europea con el Pontificado. Mas, con todas estas grandezas ¡qué de miserias rodearon su aparición y establecimiento! El Imperio se constituye de un modo definitivo, el Imperio hereditario, en tiempos, no del primer Emperador, no de Augusto, en tiempo de Tiberio, mediante cuya persona y cuya política se hizo perpetua la dictadura de César. Cuánto crimen para establecer una institución, que aún es la forma del Estado en Alemania, en Austria, en Rusia. Tiberio atizó las delaciones hasta convertir la ciudad de los tribunos en la ciudad de los espías. Todos los malvados, que por sendas oblicuas se dirigen al poder ó á la riqueza, comerciantes de mentiras, artífices de intriguelas, cortesanos de poderosos, urdidores de calumnias, formaban en torno del Emperador un ejército que le tenía sujetos los espíritus como perros, pues de los esbirros era el alma y de los pretorianos el cuerpo que Roma tenía entonces. Los viles se habían vuelto en tamaño aquelarre honrados, los pobres ricos, los despreciables temibles, los criminales omnipotentes, con sólo escribir una memoria secreta ó despedir á tiempo un suspiro de pena por la muerta República ó asaltar una mirada de odio al César. Tiberio cruzaba con su látigo la faz de Roma, en cuyas aras la humanidad se ofrecía como víctima. Torva inquietud crónica de ánimo le aquejaba: remordimientos desgarradores como garfios malherían sus entrañas; batallaban sus

pasiones entre odios y miedos; terrores á las sombras de todas las ideas y á la conjuración de todos los humanos le perseguían; las terrenales grandezas, quizás por tenerlas todas, le astiaban; y así consumía la vida en el amor á la soledad, que alejaba todos los seres y todos los afectos humanos, en el aislamiento sobre peñascos abruptos, donde sólo anidaban las águilas y á cuyos pies mugía de continuo la tormenta. Por todas partes entonces se tocaba el decaimiento y la ruina. Los antiguos oradores se habían trocado en retóricos gárrulos; la tribuna de los Rostros en la tribuna de los leguleyos; las sublimes controversias por la libertad, en pleitos de intereses; el camino de los honores, abierto antes á la elocuencia y á la virtud, en el tortuoso y agrio sendero, por cuyas estrías únicamente podía medrar quien supiese arrastrarse. El bien y el mal habían llegado á ser diferentes en las turbas infames de los sofistas. Acusar, delatar, perseguir, perder, matar: he ahí el oficio y los oficios en tales tiempos de la gente romana. En despedir un infeliz al verdugo se dispendiaba tanto tiempo so Tiberio como antes en levantar el pueblo contra la cólera de Annibal ó en moverlo á favor de los Gracos. Habíase llegado hasta el extremo de perder á quien desdeñaba perseguir ó acusar. Hubo quien cohechó delatando más millones de sextercios que derrochara Lúculo y Antonio se bebiera. Entre los resplandores del sol, en pleno día, ya por este partido y por el otro ya; en francas leales competencias, en civiles guerras abiertas; con el ánimo levantado y la frente alta; bien por la República, ó bien por el Imperio; murieran muchos ciudadanos, quienes, después de haber exhalado su alma por todo aquello que creían ellos una grande causa, recibían de amigas manos piadosa y segurísima sepultura; bajo la tiranía espiraban muchos más en el silencio, en la obscuridad, por un rincón de su triste subsuelo, envenenados, ó apuñalados á una orden del César, quien demanda sus riquezas, ó á una señal del espía, quien husmeaba su perdición, para ser lanzados á las genmonías como los restos de las fieras ó de los gladiadores, caídos y espirantes unos sobre otros en las ensangrentadas arenas de los circos. La riqueza, la virtud, la elocuencia pasaron á títulos de persecución y de muerte. Cada romano rico llevaba dos siervos junto á él, y cada siervo era un espía que oía sus sueños y delataba sus gestos. Los padres desconfiaban de sus hijos y los hijos de sus padres; el esposo temía que la esposa le sorprendiera en sueños algunos de los votos de su vida ó alguna de las profecías y presentimientos políticos de su alma; se desconfiaba de las paredes, como si las paredes poseyeran oídos, recelándose de los demás objetos inanimados; el espíritu y la palabra sólo servían á delatar; el dolor estaba prohibido y prohibido el contento; un rostro sereno inspiraba igual desconfianza que un rostro siniestro; la ausencia de una fiesta imperial equivalía á un crimen de lesa majestad; cada frente llevaba sobre sí la sombra de un hacha y cada corazón el filo de un puñal; todas las mañanas, al despertarse, informábanse los patricios de cuántos habían desaparecido por la noche dentro de aquel matadero que se llamaba Im-

perio; la mayor parte de los delatados no querían aguardar al verdugo, y se mataban creyendo asegurar así la transmisión á sus hijos de las herencias; y los que restaban, los que sobrevivían, acariciaban el suicidio y bendecían la naturaleza, que, teniendo una sola manera de dar la vida, tiene muchas y muy varias de dar la muerte, pues, en este universal terror, para que todo se concluyera, los lazos de familia, los sentimientos de misericordia, la compasión de unos á otros, el amor y amistad, se acababan también y hasta el instinto de conservación y hasta el apego á la existencia, como si el Universo estuviera en vísperas de su total ruina.

La delación, pues, aparecía entonces como poderosísimo medio de gobierno y el delator como instrumento indispensable al poder imperial. Así, las cartas de Tiberio al Senado resultaban perpetuas delaciones. Acusó en ellas á Galión, por gozar en Lesbos de un desierto, residencia superior á Roma; y por tanto conjuró á los senadores á que lo llamaran de prisa y lo castigasen de muerte. Acusó á Pancomio de acusar y delatar, es decir, de aquellos infames oficios que desempeñaba y ejercía él, con ser Emperador. Los aenadores, acusados desde arriba, designábanlo al verdugo cuando se le ocurrió salvarse, por lo más socorrido que había en Roma entonces, por otra delación. Laziare, que delató á Salino, y lo llevó al suplicio, cayó y murió en las redes y tramas de otras acusaciones hechas contra él. Trión, el amigo, y Régulo, el enemigo del primer ministro, de Sejano, cónsules ambos, acallan sus antiguos odios, comprendiendo que á los dos les aguarda un mismo verdugo, Tiberio. Así, los senadores más corrompidos en pleno Senado imaginan la perdición de los senadores más virtuosos. Cestio se vió obligado á delatar su propio hijo y á sostener la delación parricida con su propia palabra. Marco Terencio confesó su amistad con Sejano; cuando este primer ministro cayera, y responde á cuantos le arguyen que perdonen este afecto á su corazón como se lo perdonaran al corazón de Tiberio. Cual suele pasar en épocas agitadísimas, palabra tan venturosa le redime de irremisible desventura. Vestilio tiene que abrirse las venas por haber escrito una sátira contra Calígula. Cuando ya la vida se le iba, deseoso y anhelante por conservarla, cierra sus heridas y escribe al Emperador una carta suplicatoria, la cual, con dureza contestada, le obliga de nuevo á reabrirse las venas y á espirar en el dolor de aquella doble agonía unido al dolor de aquella deshonrosa humillación. Y, como en la revolución francesa, no alcanzaban las mujeres, ni por débiles ni por hermosas, olvido de aquella universal carnicería. Sus dolores las debilitaban en los tormentos de las acusaciones ó de los procesos, y con las lágrimas que les arrancaba en las torturas el tirano escribe las sentencias de su muerte. Virsa, de una vejez casi decrepita, no hubiera querido vivir tanto, á fin de que el eterno sueño la preservara de ver á su hijo muerto á mano airada en pleno Senado, y lloró llanto de madre, amargo é inextinguible. Una fiera se hubiese apiadado quizás de un dolor tan legítimo como natural, acaso hubiera lamido aquellas escaldadas mejillas; mas Tiberio se indignó y la condenó al mismo suplicio que